

TALLER CRITICO A BENEFICIO DE INVENTARIO

por: R.J.LOVERA DE-SOLA

Leer y reflexionar sobre las meditaciones que consigna un creador por escrito no puede ser más interesante. Ello nos permite entrar en el dominio de lo que piensa sobre aquella literatura en la cual están insertas sus obras. Tal lo que ahora nos sucede con el sugerente libro de ensayos de Ana Teresa Torres **A beneficio de inventario**. (Caracas: Memorias de Altagracia, 2000. 320 p.).

Aquí la podemos seguir cuando mira lo que sucede al su alrededor, cuando consigna por escrito su experiencia de lector de obras de escritores cercanos a ella, o de interés por aquello que hace, cuando medita en puntos determinados, cuando profundiza en aquello que merodea su espíritu. Es por ello que tiene razón al consignar que este libro fue concebido desde su "perspectiva de lectora y escritora" (p.117), creadora que aquí se nos exhibe no sólo como mujer de letras sino como aguda interprete del fenómeno literario.

Y por ello tiene mucha razón, muchos lectores los sabemos también, al decir que cree "mucho en el azar de la lectura, en la casualidad de que un libro que siempre ha estado ahí y no hemos leído o no recientemente, se tropieza en la revisión de los estantes de la biblioteca, y se abre, más sorprendentemente aún, por la página adecuada" (p.312). ¡Cuántas hojas de interpretación de lo literario no han brotado de momentos así, instantes propios del lector, de aquel que lo hace día a día, como parte de su quehacer, de su crecimiento personal. Esos por qué de la lectura se han enriquecido recientemente como las meditaciones que traza el crítico norteamericano Harold Blomm sobre el oficio de leer en su **Cómo leer y por qué**. (Bogotá: Norma, 2000. 337 p.). Pero el hecho de leer está ligado a la soledad como muy bien lo capta Ana Teresa Torres, por ello siguiendo a Donald Winnicott, anota "la capacidad de estar solo es casi sinónimo de madurez emocional" (p.311), "en su soledad se le descubre al escritor el secreto" (p.215). Por ello no hay oficio más solitario que escribir, entendidas esas horas diarias como las de la soledad creativa, como la de los monjes de un monasterio, soledad siempre bien recibida por el hombre de letras que sabe todo lo que de allí brota, quizá por ello hay quien consideren, como la autora de libro, que la lectura puede ser como un vicio (p.71). En ello la acompaña Mario Vargas Llosa (**El pez en el agua**. Barcelona: Seix Barral, 1993, p.531) e incluso Juan Carlos Onetti (**Confesiones de un lector**. Madrid: Alfaguara, 1995, p.33).

Se refiere básicamente la autora de **A beneficio**... a la literatura venezolana, a las letras de este "país fugaz" (p.89), a este país "discontinuo e inmediato" (p.176) que vive aun "los años perdidos de la Gran Venezuela y sus secuelas" (p.237). Es en ese horizonte en el cual actúan el hombre y la mujer que escriben entre nosotros. Ella sabe que nuestra literatura está formada por

un conjunto de textos, algunos de los cuales, sobre todo desde los años ochenta, se encuentran analizados en este libro. Y es la lectura de estas obras la que le lleva a interrogarse sobre el por qué es una literatura desconocida (p.7,117), aislada (p.8,64), rodeada de silencio (p.8, 28, 78, 79), lo cual la lleva a preguntarse hasta que punto "existe o subsiste gracias al Estado" (p.9), por qué son tan escasos los espacios dedicados a su reseña, busca el por qué de la "precariedad crítica" (p.10.47) de la misma. Y estos en sus dos sentidos: desaparición de espacios para su interpretación, el silencio que muchos entre nosotros guardan por ella, quienes prefieren comentar un libro extranjero, de otra latitud, que una novela o una colección de poemas nuestros. Es también, nos dice Ana Teresa Torres, una literatura cuyas revistas han muerto, que es poco estudiada, huérfana de lectores, en ella ningún escritor vive de sus libros, ¿es particularmente masculina? Se pregunta. Observa también que "han aparecido algunas mujeres... a las que se trata con mucha amabilidad y cierta condescendencia" (p.11). Y como se trata de una letras mal leídas de vez en cuando, periódicamente, aparecen las preguntas apocalípticas: se ha ¿agotado su narrativa? (p.18,19,20), ¿estamos en su crisis final (p.14,15)?, ¿no sabemos qué es (p.33,34,35)? Y por todo ello se hace tan difícil su ejercicio a los escritores porque como ella anota "escribir sin crítica es una tarea sumamente difícil... la crítica le devuelve una lectura de sí mismo que no puede hacer por sí solo... constituye una indagación dentro del universo literario del escritor, que le permite situarse, comprenderse, saber de su texto lo que no sabe, visualizar las líneas hacia donde se dirige, entender desde donde escribe, qué dice sin saber lo que dice" (p.39).

Y esto lo afirma con profundo sentido. Sin crítica, anota, los escritores quedan privados "de un espejo fundamental, de una posibilidad de mirarse así mismos... En segundo lugar porque los deja fuera del mapa" (p.40), desea por ello que exista "la lectura fragmentaria, aunque a veces muy iluminadora, de la reseña" (p.41); propone, siguiendo a Julio Ortega, no seguir el modelo "genealógico" sino el "procesal" el cual "propone leer hacia delante para buscar los signos de lo nuevo" (p.42), logrando así restaurar el "tejido literario tantas veces roto por las distintas tonalidades del prejuicio" (p.45), prejuicios que para Ana Teresa Torres tienen muchos matices: políticos, clasistas, racistas, sexistas (p.46).

Dentro de nosotros, dentro de nuestra literatura cree la autora de **A beneficio**... que lo que escribiremos será la novela de la decepción, la cual es el producto del trabajo de un creador quien escribe desde la resistencia (p.77), desde su convicciones literarias, desde su vocación de escritor, que sabe que debe hacerlo. Y el destino de este melodiar con las palabras para ella no es otro que el de una biblioteca en la cual un futuro investigador encuentre algún día un libro y haga entonces su lectura y su crítica.

Considera también que el escritor es un hijo de su tiempo (p.97), y el venezolano actual lo es, y toca lo político porque esta tiene que ver "con la vida íntima... con la violencia... con la utopía... con la posibilidad de construir escenarios de representación... de construir una subjetividad enriquecida por los recursos creativos" (p.102), en todos estos ámbitos la novela juega un papel.

Y estas observaciones teóricas las explicita por medio de la lectura de un grupo de novelas especialmente elegidas para su hondo comentario: **País portátil** de Adriano González León, **La mala vida** de Salvador Garmendia, **Percusión** de José Balza, **Cuando quiero llorar no lloro** de Miguel Otero Silva, **Historias de la calle Lincoln** de Carlos Noguera, **Piedra de mar** de Francisco Massiani, **Rajatabla** y **Abrapalabra** de Luis Britto García, **Boves, el Urogallo** y **La luna de Fausto** de Francisco Herrera Luque, **El osario de Dios** de Alfredo Armas Alfonzo, **El lugar del escritor** de Victoria de Stefano, **El mago de cara de vidrio** de Eduardo Liendo, **La danza del jaguar** de Ednodio Quintero, **El bosque de los elegidos** de José Napoleón Oropeza, **La última cena** de Stefania Mosca, **Calletania** de Israel Centeno, **Juana la roja** y **Octavio el sabrio** de Ricardo Azuaje, **La tragedia del Generalísimo** de Denzil Romero y algunos libros del difícil e inclasificable Oswaldo Trejo. Obras todos que nos permiten conocer el proceso de nuestra novela en las últimas décadas y son el mentís más claro sobre su posible crisis, cacareada por algunos que no leen las obras que se publican.

Otros tópicos de nuestra literatura toca con sus reflexiones: la relación escritor-realidad política a través de **Memorias de una antigua primavera** de Milagros Mata Gil, **Si yo fuera Pedro Infante** de Eduardo Liendo y **Solitaria/solidaria** de Laura Antillano a través de las cuales mira la cólera amarga, la nostalgia del héroe y la desilusión solitaria; observa la ciudad tal como se ve en **La última cena** y **Calletania**; el sentido de lo femenino en **Babilonia** de Silda Cordoliani, un libro, piensa, que sólo puedo escribir una mujer (p.197). Otros acercamientos a novelas como **El gusto del olvido** de Bárbara Piano, **Historias de la marcha a pie** de Victoria de Stefano, **Mujeres de un solo zarcillo** de Cristina Policastro, **Para seguir el vagavagar** de Denzil Romero o a libros de cuentos como **Banales** de Stefania Mosca, **Los gatos** de Juan Carlos Chirinos, **El borrador** de Federico Vegas o **Partir** de Rubí Guerra le permiten ver otras aristas de nuestra reciente ficción, tan sólida, de trabajo tan intenso pero, desgraciadamente, rodeada de silencio.

Diciembre 27, 2000